

En el cincuentenario de la muerte de Costa y Llobera

por *BERNARDO SUAU CALDES*

Mi propósito.

Cuantos hemos tenido, por inclinación propia, aficiones al mundo clásico, griego y latino, sentimos especial admiración por Horacio, por su múltiple y variada obra, por su vida sencilla y dulce, por sus consejos a la corrompida sociedad romana y sus estimables servicios a la amistad.

Cuando, llevados por igual afición, penetramos en la vida y obras de Costa y Llobera observamos un paralelismo entre ambos poetas, en su vida y en sus obras, pese a haber transcurrido casi dos milenios de uno a otro.

En los primeros años de mi juventud, antes de iniciar mis estudios universitarios, tuve ocasión de coincidir con Don Miguel Costa en casa de sus familiares. Confieso que su manera de ser, de hablar, su porte, su venerable figura calaron en mí una simpatía hacia su persona que ha perdurado hasta hoy. En la Universidad de Barcelona fue mi Profesor D. Antonio Rubió y Lluch, ya septuagenario, que aprovechaba siempre todas las oportunidades para hablarme de su gran amigo Costa y Llobera, fallecido unos años antes. Terminada la licenciatura inicié este breve comentario sobre el paralelismo de Horacio y Costa, que, relegado por otros quehaceres, no he terminado hasta ahora con ocasión del cincuentenario de la muerte de nuestro vate en prueba de mi sincero afecto. Mi propósito es, pues, exponer las observaciones sobre este paralelismo a través de los datos que de sus vidas nos han llegado, y especialmente cuanto ellos mismos en sus obras nos muestran.

Excluyo de mi propósito el estudio literario de ambos poetas, que cuentan con tantísimos y meritísimos trabajos que evidencian su valor e importancia en el mundo de las letras. Me limitaré, como indico, a esa afinidad en la vida y obras de Horacio y Costa, afinidad sin duda observada por muchos lectores, entre los que destaco al Profesor alemán Dr. Eberhard Vogel, manifestada en la carta que

escrita en catalán dirigió al propio Costa en 28 de Marzo de 1909, publicada en "Itinerario espiritual de un poeta", por su admirador biógrafo el canónigo Sr. Torres Gost. De dicha carta son los siguientes párrafos: "*car que coneix'a V. poeta, li coneix també com a home. Y en aixó també V. s'hi retira ab Horaci, en que's fa difícil, difícilissim distinguir als poetas Horaci y Costa y als homes Costa y Horaci; a tal punt s'hi compenetren en l'un y en l'altre la persona y la seva actuació poética....*"

Su amor al campo.

1. Horacio nace en el campo, pero pronto es llevado a la ciudad donde se educa entre los mercaderes y las multitudes. No podrá olvidar esta época mundana en toda su vida literaria recordando la conducta de sus conciudadanos para hacerles objeto de sus burlas en las Sátiras, cantar sus glorias en las Odas, y moralizando prudentemente en los Epodos. Pero tampoco olvida su primera vida en el campo que le inspira un carácter fuerte y dulce al mismo tiempo.

Horacio ama el campo no por la belleza natural que encierra, la complacencia que proporciona a su espíritu, sino para huir de la vida agitada de la Urbe, para evadirse de los que le asediaban y buscaban obtener con su recomendación los favores de Augusto o Mecenas, para dormir tranquilo, para disfrutar de las dulzuras de la ociosidad: "*O rus, quando ego te aspiciam... (Sát.-II 6,60)*" "*Beatus ille qui procul negotiis.*" (Epodo 2), o la misma fábula del ratón del campo y el de la ciudad, *Sát.-II, 6,80* con el retorno de aquél a su terruño, porque prefiriere roer sus sencillas y rústicas viandas con pacífica tranquilidad a saborear entre zozobras los variados, ricos y múltiples manjares en los opulentos palacios de Roma.

2. Costa y Llobera nace en el campo, vive en el campo, canta las bellezas del campo. Va a la ciudad para cumplir sus deberes, pero su pensamiento está en el campo. Su vida en la ciudad es igualmente tranquila, pues sus amigos son los libros, el coro, las musas. Sus conversaciones giran siempre sobre poesía, literatura, mística. No conoce, ni aun antes de consagrarse al sacerdocio, las inquietudes políticas, la incertidumbre de los negocios, la agitada vida de la juventud ciudadana. No busca, pues, en el campo la tranquilidad ociosa, sino su amor: las florecillas insignificantes "*Mirau les flors matineres/ obrir-se a la claror;/ ;Quines colors enciseres! / ;Quin perfum! ;Quina frescor!*" (Canço)¹; el arroyo que fluye entre rocas: "*asseguda ran de l'aigua ran de l'aigua d'una font,/ está la blanca doncella/ pentinant sos cabells d'or*" (La Font): el pino que despliega su cabellera a los

¹ Costa. Obres Completes, Editorial Selecta. 1947

vientos: “*mon cor estima un arbre...*” o la tradición sencilla y piadosa: “*Dins el cor de la muntanya, / Mallorca guarda un tresor. / Germans, en santa companya / pugem a la Casa d’or*” (Canço dels pelegrins de Lluch). Costa en un enamorado de la naturaleza, de la obra del creador.

Dos épocas en la vida de ambos poetas.

1. Horacio nos ofrece dos épocas en su vida, separadas por el hecho de su ingreso en la amistad de Mecenas. En la primera es más liberal en la elección de los temas y en su expresión: escribe para el vulgo entregado a las disolutas costumbres de su tiempo. El mismo se ríe de su manera de ser “*pinguem et nitidum... epicuri de grege porcum*” (Epi. I, 4,6). Es oscuro y grosero. Para él la utilidad es la madre de la justicia, la riqueza da la reputación. No obstante resulta difícil señalar la fecha de muchas de sus composiciones, por lo que hemos de aceptar que ya en esta su primera época era sencillo de costumbres, poco ambicioso, tal como fue durante toda su vida. Su padre, un liberto de Venucia, hizo grandes sacrificios para proporcionarle una buena cultura. Le lleva primero a Roma en cuyas escuelas alternaba con los hijos de familias de buena posición, y después, al igual que a aquellos, le envía a Atenas, en busca de una enseñanza superior, llegada la edad de la independencia y de la iniciativa propia. En Atenas Horacio alterna con los hijos de famosos políticos romanos, pero no descuida el objeto de su estancia ejercitándose en la poesía griega. Sin embargo no puede sustraerse a la dialéctica de Bruto y se inscribe en las filas de los enemigos de César, tomando parte en la batalla de Filippos. Es el único momento de su vida que le vemos con este espíritu que contrasta con su carácter opuesto a los excesos, tan plácido y amoroso. Al considerar el mismo Horacio este momento de su vida (Oda II, 7) lo hace con dignidad y modestia.

Vuelto a Roma su padre había muerto, y sus tierras de Venucia habían sido entregadas a los veteranos. En diferentes partes de su obra abundan las citas elogiosas a la cuidadosa educación que su padre le había proporcionado, mostrándose así un hijo agradecido. (Sat. I,6). Se dedica al cultivo de la poesía, pero debemos destacar que siendo su situación económica poco halagüeña no desciende a concesiones de pensamiento, ni a la adulación. Muestra un carácter serio, alejado de las costumbres agitadas y frívolas, aunque sus versos no estén carentes de mordacidad: “*Paupertas impulit audax ut versus facerem*” (Epi. II, 2,51). Adquiere un cargo de escriba y empieza a darse a conocer primero por sus sátiras y luego por los épicos, de forma que tres años después de Filippos consigue cierta popularidad y se hace amigo de Virgilio y Vario que a poco le presentaron a Mecenas.

Una vez admitido por Mecenas y Augusto en el círculo de escritores y poetas que, con gran visión política, favorecían estos gobernantes, empieza para Horacio la segunda época de su vida. Refrenó su pluma, fustigó los desmanes en las costumbres: “*Odi profanum vulgus et arceo*” (O, III, 1), glorifica la moderación en los

deseos: "*fortuna non mutat genus*" (Epo. IV, 6); sólo la virtud conduce a la inmortalidad (O. III, 2); moralizador otras veces apoyando las normas políticas de Augusto y Mecenas por cuyo encargo escribe el "*Carmen Saeculare*", en el que junto con otras plegarias de orden moral, pide a los dioses concedan costumbres puras a la juventud: "*di, probos mores docili iuventae...*" Vive en otro ambiente, pulimenta su vocabulario y aprende nuevas formas al comentar en tan escogida tertulia los autores clásicos griegos, maestros consumados en la belleza. Su moral evoluciona del epicureísmo al estoicismo; no abandona la moral primera, ni se entrega por completo a la segunda, pero se vuelve más humano.

La moderación en el amor a las riquezas es un tema favorito de Horacio que lo repite en muchas de sus composiciones: la riqueza no libera al hombre de la muerte (Sát. I, 1); los pueblos bárbaros y pobres son los menos corrompidos y los más felices (O. III, 24); con ejemplos sacados de la mitología y de la historia quiere probar que el oro tiene un gran poder, pero no da la felicidad (O. III, 6). En esta Oda alude, sin duda, a su falta de ambición por los cargos públicos, que fácilmente habría conseguido, no aceptando el de Secretario privado de Augusto que le ofreció Mecenas. Seguramente como poeta prestó mejor servicio a ambos. Muestra su gusto por la sencillez en la Oda I, 35, simple y breve pero muy poética "*Persicos odi, puer, apparatus*". Su anhelo es pasar los días que puede en las villas, tranquilas y silenciosas, de la Sabina y de Tibur, regalos de Mecenas. (O. II, 18). Pero tampoco sabe sustraerse a cantar el amor carnal, con larga lista de amigas, reales o fingidas, (Circa, Pirra, Cloe, Galatea, Lice, Barine, Lidia, Glicera y Leuconoe) en los diferentes momentos de su vida, aun en los últimos años. En algunas de estas composiciones (Sát. I, 2 y 5, 82) muestra una desenvoltura que raya en lo erótico solamente disculpable por las disolutas costumbres de su época. Por el contrario resultan admirables sus cantos a la amistad, entre las que se destacan la O. II, 17 que dedica a Mecenas: "*mitad de mi alma, si orden más temprana te arrebató ¿para qué detengo aquí la otra mitad? Tu eres mi dueño, iremos adelante doquier avances tú, dispuestos a emprender al lado tuyo la última jornada a la fosa común...*" En efecto, pocos meses después de la muerte de Mecenas moría también Horacio, de breve y aguda enfermedad, a los 57 años. Murió soltero, sin descendencia, legando todos sus bienes a Augusto.

2. Dos épocas podrían señalarse en la vida de Costa y Llobera separadas por su consagración sacerdotal realizada en la Ciudad Eterna a los 34 años de su edad. Pero si analizamos su vida o su obra antes y después de este acto no distinguiremos diferencias. Su vida antes y después de entregarse al servicio de Dios es sencilla, austera, tranquila, cristiana. Sus años de estudiante vividos primero en Palma, después en Barcelona y finalmente en Madrid transcurren sin apartarle ni un ápice de aquellas costumbres patriarcales que le inculcaron sus mayores en su lar familiar de Pollensa. En Barcelona encuentra enseguida un grupo de literatos de su

mismo temple, y en esta compañía halla un refugio provechoso para sustraerse a sus compañeros universitarios, alegres y despreocupados, que viven en la ciudad más peligrosa y atractiva para la juventud:

*Lluitar constant i vencer, regnar sobre l'altura
i alimentar-se i viure de cel i de llum pura....
Oh vida! noble sort!*

y continua en su Pi de Formentor, que compone en esta época, aludiendo a la situación personal que atraviesa:

*Amunt, ànima forta! Traspassa la boirada
i arrela dins l'altura com l'arbre dels penyals.*

Entre sus compañeros en Barcelona debemos destacar al Dr. Rubio y Lluch, cuya amistad y devoción mútua sólo la muerte separó.

En Madrid continua sus estudios de derecho, aunque con poco interés. Sus ratos de ocio, después de satisfacer su atractivo poético, los pasa asistiendo al Teatro Real, a conciertos sacros, museos o a conferencias literarias. El ambiente le gusta, pero progresa poco en sus estudios. Pasados dos años regresa a su Pollensa en donde la nostalgia le abruma:

*ma vida està desolada
com a vinya espampolada
i entre neu*

.....

*aixi mes hores perdudes,
també endolades i mudes,
van passant.*

(Defalliment).

Se distrae con la lectura de los clásicos latinos, y de los escritores y poetas modernos, españoles y extranjeros. Poco a poco recobra la calma de su espíritu, y de nuevo se encuentra a gusto en el centro de la naturaleza, que estimula su vocación hacia Dios.

Decide ser sacerdote y en Roma sacia todos sus deseos: Religión y poesía. Todos y cada uno de los ruinosos monumentos son para Costa recuerdos vivos de la cuna del Cristianismo y de la cultura clásica.

Ya es sacerdote. Su vida se desliza igual que cuando niño o joven, y lo mismo será cuando el Sumo Pontífice le eleve a la categoría de canónigo: sencilla, austera, tranquila. En esta segunda época que transcurre entre Pollensa y Palma, es asiduo a las tertulias de Juan Alcover en cuya casa se reunían los literatos mallorquines. Alterna la poesía con la predicación, y la muerte le sorprende, placentera, en el púlpito de la Iglesia de Religiosas Teresas en Palma el día 16 de Octubre de 1922. Su biógrafo Sr. Torres Gost escribe: "*Havia treballat la seva vida modèlica com un poema, com una obra d'art. No podia ser vulgar el seu finar. Déu li concedí el privilegi d'agermanar l'obra de poeta i de sacerdot fins en el punt i hora d'expirar*" (*Assaig biografic*. 1936).

Veamos su obra. Sus primeras composiciones son dulces y candorosos cantos patrióticos o bucólicos, impregnados de espíritu religioso. Sus mismos títulos lo indican: La vall, La font, Amor de Patria, A un claper, Lo Pi de Formentor. L'harpa, Canço dels pelegrins de Lluch, etc.

Los temas de sus composiciones se van ensanchando hasta alcanzar las más variadas cuestiones pero siempre "a la nobleza dels temes i les ideas respon le nobleza insuperable de la expresió" (M. Ferrá). Excluye por completo el amor personal, pero no el amor entre los seres que predicó el Señor:

*que sols una mare té
l'amór que no va, ni vé,
ni es perd, ni minva, ni es cansa.*

(L'enyorança de la cativa)

Cuando describe a la joven pastora amada por un conde se mantiene dentro de los límites de la pureza de pensamiento:

*Gentil era la nina
guardada en gran esment,
com una perla fina,
guarnida d'or i argent.
Com una perla blanca
rosseta com fil d'or
poncella d'alta branca,
¿de on seria flor?*

(La pastoreta)

En "El pou de l'amada" muestra similar candor

*Era una jove tan gentil,
tan agradable, tan xalesta,
que on anave duia festa,
com du la Pascua el mes d'abril*

Costa dedica toda una colección de sus poesías a "Tradicions i Fantasias", donde recoge con admirable sencillez las más diversas tradiciones populares mallorquinas y las fantásticas o mejor infantiles historietas: "una velleta setantina / sabut dels avis m'ho contá"... Su amor al campo y a la naturaleza se refleja en muchas composiciones. Canta la humildad y conformación cristiana en "Bressol de pobre" y "Candor". La amistad entre los hombres "fraternidad de l'anima, / millor que de la sang nueix la vida". Citemos las que dedica a Verdaguer, Marián Aguiló, al Obispo de Vich, y destaquemos por el afecto y la sinceridad de la expresión la "Complanta" a la muerte de su amigo Orlandis:

*volíem per igual
sentir l'alta bellesa fent bé sobre la terra
mirant vers l'ideal*

Iguales motivos, los mismos temas antes y después de su ordenación sacerdotal. Se siente atraído por la poesía clásica, especialmente por Horacio. ¿Habría observado que la vida y modo de ser de Horacio tenía muchos puntos de semejanza con la suya? En el año 1879 escribe la *Oda a Horaci*, con la que iniciaría años después la colección de sus Horacianos. No obstante, antes de su marcha a Roma con el propósito de hacerse sacerdote, año 1885, en esta crisis propia de aquella decisión, siente escrúpulos por si esta Oda, que Menéndez Pelayo iba a incluir en la segunda edición de "Horacio en España", puede parecer de corte y ambiente pagano y ser objeto de escándalo, "por más que al escribirla no me propuse ningún fin impío ni corruptor..." Menéndez y Pelayo contesta a su carta justificando con elogios la inclusión que se proponía. La tranquilidad vuelve a su espíritu con su misión sacerdotal, y sus escrúpulos se desvanecen: "*Roma fa tornar mes tolerants*", y, como veremos seguidamente, completa la colección de Horacianos con un prólogo que justifica su reincidencia.

La moral epicúrea: Horacio.

La moral cristiana: Costa.

1. Ya hemos dicho anteriormente que Horacio completó su formación filosófica y poética en Atenas. Allí lee las obras de los pensadores griegos y siente una inclinación natural hacia el epicureísmo, sin despreciar las doctrinas de Platón y de los estoicos. Existe una diferencia, señalada por las fechas de publicación de sus poesías, entre la moral de la primera y de la segunda época. Entre las primeras y las últimas Sátiras de Horacio se nota este cambio. La inventiva cede el paso a la reflexión moral, el tono se apacigua, la moral se depura. Nunca llega a mostrarse austero, pero es más serio. Sus ideas pertenecen aún a la filosofía epicúrea, pero resulta más comprensivo. En la Sátira II, 2. nos ofrece toda una lección de la vida moral, es menos hiriente, menos mordaz, más caritativo, y rinde culto al honor, a la justicia humana: "*cur eget indignus quisquam, te divite!*" (por qué hay gentes pobres que sufren injustamente, cuando tú eres rico?). En la Oda I, 4. hace el elogio de la muerte porque iguala a todos, ricos y pobres: "*pallida mors aequo pulsat pede pauperum tabernas regumque turres*".

En las epístolas se muestra un consejero prudente, lleno de sanos juicios, especialmente dirigidos a gente joven que rodea a Augusto. Se siente estóico, recomendando la moderación en las pasiones, calma ante las contrariedades, y llevar una vida noble y moderada. La sencillez de la vida rústica, dice, proporciona placeres más verdaderos que la vida de las ciudades. Huye del pesimismo afectado, y asegura que los viajeros de la otra parte del mar cambian de clima, pero no de alma. En cada epístola quiere remediar algún vicio, responde a alguna necesidad. Horacio señala el arte de disfrutar del reposo discreto y noblemente, a usar con cordura de la vida, y a esperar con tranquilidad la llegada de la muerte.

En el épodo II "*Beatus ille qui procul negotiis....*" se muestra moralista ante la complicación del corazón humano, el conflicto entre los gustos y los intereses. En la Oda II, 14 "*Eheu, fugaces, Postume, Postume labuntur anni....*" Horacio recuerda que la muerte es inevitable, que llegará el día que tendremos que despedirnos de nuestros bienes más queridos, que serán disipados por un heredero indiferente y pródigo. En las últimas Odas del libro III rinde un elogio a la templanza y moderación en los placeres, al valor, la justicia, la prudencia, el patriotismo, la piedad.

Si al principio, imbuido por la doctrina epicúrea, canta el placer como objetivo de la vida y su principal felicidad, en su segunda época aconseja, con la doctrina estoica, sofocar toda pasión, y seguir los dictados de la razón.

2. Para Costa la moral cristiana es una obsesión durante toda su vida, antes y después de su ordenación sacerdotal. Su constante preocupación es no parecer en ningún momento olvidado de esta moral; que sus escritos y su manera de obrar se reflejen como ejemplo para los lectores y que en ningún momento puedan interpretarse de otra forma que en el sentido que él ha querido darle. Todos los temas que trata muestran abiertamente, ampliamente, el espíritu cristiano que anima a su autor. Sus escritos no ofrecen a los lectores resquicio de materia favorable a la duda, a la ironía malévola, al doble pensamiento. Ninguna estrofa, ni aun ningún vocablo dentro de ella, contiene sentido malsonante. Por otra parte escribe para su propia satisfacción, sin necesidad de hacer concesiones a ningún público, ni tampoco escribe por encargo de nadie. Si separamos sus obligaciones como sacerdote, dispone libremente de sus bienes y no tiene obligaciones comerciales ni mucho menos políticas.

Son muchas las composiciones dedicadas a enaltecer las virtudes cristianas, que es su alto ideal:

*sols que puga mon cor, perdent la vida
amb son batec final
alçarvos una nota mes sentida
dins l'himne universal.*

(Adorant)

Toma de Horacio "*l'elegancia formal, el gust depurat, y'l sentit de la mesura. L'esperit cristiá penetra tota la seva obra*" (M. Ferrá).

En su Diario hay pruebas de que era enemigo de ostentación y rechazaba todo exceso sentimental, al igual que evitaba la relación con otros escritores coetáneos que mostraban su simpatía por el ateísmo. Llega a aconsejar a un joven poeta amigo, que procure evitar en sus escritos su atracción hacia el paganismo, cosa inconveniente para un sacerdote. Aun en sus composiciones de asunto totalmente clásico, como *La deixa del geni grec*, y *Orfeu*, tiene mucho cuidado en

salvar lo que puede parecer culto a las divinidades paganas por medio de otras circunstancias que recuerden lo cristiano. Se diría que Costa en estas composiciones y en otras del corte de Horacio, cristianiza lo pagano.

Tampoco faltan en Costa los consejos a los jóvenes: "*siau qui sou*"; a los niños: "*Es a pare i mare que deveu l'amor*"; y a cuantos a través de sus versos puedan sentirse aludidos en el cumplimiento de sus obligaciones.

Horacio introduce en Roma la métrica griega, y Costa la introduce en Mallorca.

1. La estancia de Horacio en Atenas aumenta su vena poética, saciándose de la métrica helénica que considera de mayor belleza que la primitiva romana. Abandona el sistema hasta ahora empleado por los poetas que le precedieron, incluso a su modelo Lucilio, e instaura en Roma la métrica griega, ajustándola al gusto romano. Es un reconocimiento sincero a la superior cultura del vencido pueblo griego que se impuso al dominador: (*Epístola II, 1,156*) "*Graecia capta ferum victorem cepit, et artes intulit agresti latio*".

Horacio lleva a Roma las estrofas griegas con algunas variantes. Así la estrofa sáfica griega que consta de tres versos, dos iguales de once sílabas y un tercero de diez y seis sílabas, lo convierte en una estrofa de cuatro versos, los tres primeros de once sílabas (que llama sáfico menor) y un cuarto de cinco sílabas (adónico). En la estrofa alcaica griega alternaban dos versos de once sílabas y un tercero de diez y nueve, y en Horacio consta de cuatro versos, los dos primeros son alcaicos endecasílabos, el tercero alcaico eneasílabo y el cuarto alcaico decasílabo. El verso asclepiádeo mayor (16 sílabas) y el menor (12 sílabas) se emplean solos. La estrofa asclepiádea alterna un glicónico (8 sílabas) con el pequeño asclepiádeo, y también tres pequeños asclepiádeos y un glicónico. El senario yámbico, compuesto por seis yambos admitiendo varias sustituciones, es también muy empleado por Horacio especialmente en los Epodos, formando estrofa alternando con el dímetro yámbico.

Horacio adopta las estrofas y los versos griegos a los temas de sus composiciones, dándoles un destino más fijo que los poetas griegos. Es una de las grandes cualidades del poeta latino que por ser romano se ajusta a reglas fijas y ordenadas, en franca armonía entre el fondo y la forma. Emplea la estrofa sáfica en las piezas de carácter religioso o moralizador, y en las odas amorosas de sentimiento apasionado, por entender que la forma pausada de este verso produce impresión de sosiego y seriedad. Para las composiciones de carácter satírico y en los épodos emplea el verso yámbico, mientras que para las odas amorosas o báquicas usa la estrofa asclepiádea. El metro alcaico lo usa en las odas de carácter patriótico o filosófico, ya que por su viveza y amplitud se acomoda a los periodos históricos y oratorios.

Tiene Horacio especial cuidado en el ritmo. A diferencia de los griegos que no colocan en lugar fijo la cesura en los versos sáfico menor y alcaico endecasílabo.

bo, para los latinos la cesura es la pentemimera masculina, alguna vez la trocaica, para el sáfico; y para el alcaico, sin excepciones, después del segundo pié.

Al hacer estas breves alusiones a la métrica de Horacio, cumplo con mi propósito de limitarme en este escrito a las cuestiones de paralelismo entre Horacio y Costa.

Terminamos este breve comentario recordando que Horacio es, sin duda, el mejor poeta latino por su variedad de asuntos y metros, y que todavía hoy es motivo de admiración.

2. Costa se contagia muy joven de la lírica latina, y por primera vez en las letras catalanas-mallorquinas emplea su métrica. La primera composición la dedica a Horacio (1879), el príncipe de la docta lira, pidiéndole *tolere* su atrevimiento al introducir la métrica latina, que él trajo de Grecia, a su lengua patria, recordándole que "*ma pàtria filla es de Roma*".

*Princep afable de la docta lira,
mestre i custodi de la forma bella,
tu qui cenyires de llorer i murta
doble corona,
ara tolera que una má atrevida
passi a mon poble la que amb tal fortuna
tu transportares al solar de Roma
cítara grega.
Aspra i ferrenya sonará en ses cordes
fines la llengua de ma pàtria dura;
mes, també noble hi sonará: ma pàtria
filla és de Roma.*

Durante los cinco años vividos en Roma (1885-90) con motivo de su preparación sacerdotal, se colma Costa de Clasicismo, y correspondió a la satisfacción recibida cantando los lugares predilectos de Horacio y los restos evocadores de la cultura romana. Sus mejores composiciones que figuran en la edición de *Líricas*, colección de poesías en castellano (1898), se refieren a esta época: Ruinas, En las Catacumbas, Adios a Italia. "*Distinto ambiente y predilecciones estéticas nuevas marcan una ruta de superación y plenitud*" (M. Batllori).

Costa al enviar a Rubió y Lluch la *Oda a Horaci* le anticipa su propósito de publicar "una coleccioncita de lírica imitada y traducida del latín". Ya le hace observar su cuidado de que los sáficos sean verdaderamente tales, acentuando las sílabas primera, cuarta y octava, de manera que las cinco primeras sílabas de cada sáfico formen un adónico perfecto. Sin duda conoce Costa la "Odi barbare" de Carducci recién publicadas, y como él habrá observado que en el empleo de los pies latinos (sílabas breves y largas) coincide el acento tónico de determinadas sílabas de cada verso con el de una palabra, por lo que la armonía puede buscarse en la distribución de estos acentos tal como hace la poesía neolatina.

Este propósito anunciado a Rubió en 1879 lo lleva a cabo Costa al publicar en 1906 su colección de "Horacianes" después que Roma había calmado sus escrúpulos sobre paganismo a que nos hemos referido anteriormente. En el prólogo de esta primera edición alude a esos escrúpulos que parece desvirtuar al afirmar que el empleo de estos metros servirá para demostrar que nuestra lengua es apta para todo, y que es muy útil emplear el idioma en la clásica palestra de las estrofas antiguas. En el mismo prólogo nos explica el cuidado que ha tenido en la elección de las estrofas según los asuntos, y los cambios introducidos al adaptar la versificación latina a su idioma. No pretende reproducir exactamente los metros de la lírica griega ni romana, sino aprovechar la versificación rítmica de sílabas tónicas y átonas de su idioma para acercarse a los versos y a las estrofas de la lírica clásica. Señala las principales innovaciones. Así emplea el endecasílabo por el trímetro o senario yámbico de doce sílabas, y el eptasílabo con final esdrújula para el dímeter que tiene ocho. La asclepiadea es la que resulta más difícil de acomodar por la acumulación de esdrújulas. En este metro sólo escribe la oda "*Vora una font*" y en castellano "*Adiós a Italia*". Las innovaciones más importantes las hace, con gran éxito, en la estrofa alcaica, añadiendo una sílaba a cada uno de los dos últimos versos. Le parece que en esta estrofa los dos primeros versos inician el vuelo, el tercer verso avanza rápido y el cuarto se desliza en las alturas. Sus odas escritas en este metro son *Mediterránea*, *l'Héroie* y "*Retorn a la Primavera*" que Menéndez Pelayo considera las más perfectas de la colección.

Y termino, como hice con el poeta latino, recordando que la publicación de *Horacianes* tuvo verdadero éxito, agotándose rápidamente la primera y segunda edición. Los elogios fueron unánimes. Citemos solamente el de Menéndez Pelayo en España Nueva (16-XI-1906): "*muerto Verdaguer, en mi opinión, Costa es el más alto poeta de España. Horacianes es un libro perfecto*".

Palma de Mallorca, Marzo 1972.